

Instituto de Biomecánica de Valencia. *El Libro Blanco: I+D+I al Servicio de las Personas con Discapacidad y las Personas Mayores*, 2003. https://www.ibv.org/wp-content/uploads/2020/01/Libro_Blanco_DISCyMAYORES.pdf.

Instituto Nacional de Estadística. “Encuestas de Discapacidades. Resultados”, 2020. https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.ica_C&cid=1254736176782&menu=resultados&idp=1254735573175#_tabs-1254736195764.

Interaction Design Foundation. “What is Universal Design?” Interaction Design Foundation, 16 de diciembre de 2016. <https://www.interaction-design.org/literature/topics/universal-design>.

Llamazares, Eva, y Carolina Balmaceda. *Guía de Accesibilidad en Museos*. Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación, 2018.

Naciones Unidas. “17 Objetivos para Transformar Nuestro Mundo”. Objetivos de Desarrollo Sostenible, s.f. <https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/>.

Naciones Unidas. “Convención Sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad”, 2006. <https://www.un.org/esa/socdev/enable/documents/tccconvs.pdf>.

Naciones Unidas. “La Declaración Universal de los Derechos Humanos”, 10 de diciembre de 1948. https://www.ohchr.org/sites/default/files/UDHR/Documents/UDHR_Translations/spn.pdf.

Real Patronato sobre Discapacidad, UNED, y Fundación ONCE. “Vivienda Accesible (7a edición) 15 Abril 2024 al 01 Septiembre 2024”. FADEMGA Plena Inclusión Galicia, s.f. <https://www.fademga.org/es/formacion/vivienda-accesible-7-edicion.html>.

Rodríguez, Andrés. “Diseño Universal: 7 Principios para Tener en Cuenta en la Empresa”. ConTRABAJO: Fun-

dación de Inclusión Laboral, 2 de marzo de 2023. <https://fundacioncontrabajo.cl/blog/guias-para-la-empresa/principios-diseno-universal/>.

Rovira-Beleta, Enrique. “Accesibilidad Desapercibida”. Rovira-Beleta Accesibilidad S.L.P, s.f. <https://rovira-beleta.com/accesibilidad-desapercibida.html>.

Rubio Visiers, María Jesús, y Dori Fernández Tapia. “La Accesibilidad Universal en el Museo Arqueológico Nacional: un Museo para Todos.” *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* 32 (2014): 570–91.

Somol, Robert, y Sarah Whiting. “Notes around the Doppler Effect and Other Moods of Modernism.” *Perspecta* 33 (2002): 72–7. <https://doi.org/10.2307/1567298>.

Till, Jeremy. “Architectural Research: Three Myths and One Model.” *Building Material*, no. 17 (2007): 4–9. <http://www.jstor.org/stable/29792323>.

UNE Normalización Española. “UNE 170001-1:2007 / Accesibilidad Universal. Parte 1: Criterios DALCO para Facilitar la Accesibilidad al Entorno”. UNE Normalización Española, 2023. <https://www.une.org/encuentra-tu-norma/busca-tu-norma/norma?c=N0040254>.

Vázquez Fernández, Javier. “Accesibilidad: Revisión de los Parámetros de Diseño”. *Deplano Mayo* (2016): 9–12.

Zubiaur Carreño, Francisco Javier. “El Concepto de Museo y sus Antecedentes Históricos”, 2016. <https://www.zubiaur-carreno.com/curso-de-museologia/capitulo-1-el-concepto-de-museo-y-sus-antecedentes-historicos/>.

Zúñiga Robles, Liz. *Manual de Accesibilidad para Museos*. Museo de Arte de Lima, 2019. <https://www.iber museos.org/recursos/documentos/manual-de-accesibilidad-para-museos/>.

¿Puede la arquitectura comenzar desde la igualdad? Autonomía ontológica y micropolítica

Can architecture begin from equality? Ontological autonomy and micropolitics

Gonzalo Vaíllo

Resumen

Este artículo examina la escisión en el discurso arquitectónico del siglo XX entre autonomía y determinación sociopolítica. La autonomía modernista buscó pureza en la autorreferencia formal, pero dependió del juicio crítico disciplinar para definir su esencia. Los enfoques constructivistas y posmodernos, en cambio, entendieron la arquitectura como producción social; sin embargo, esa tesis se desvió hacia gestos compositivos que dejaron las desigualdades sistémicas insuficientemente tratadas. La crítica y el activismo contemporáneos afrontan hoy esas desigualdades mediante estrategias de identificación y corrección. Aunque indispensables, estos enfoques mantienen un sesgo antropocéntrico al concebir la igualdad como resultado de reparación.

Frente a ese contexto, el artículo propone que la arquitectura puede entenderse como algo que ya opera en igualdad si se replantea la autonomía en clave posantropocéntrica. Desde perspectivas orientadas a objetos y posthumanistas, el proyecto arquitectónico se teoriza como una entidad autónoma compuesta por manifestaciones heterogéneas — dibujos, modelos, cálculos, ensamblajes materiales, usos, percepciones— ninguna capaz de agotar su realidad. Este “interior plano” inscribe la igualdad ontológicamente, en lugar de prescribirla epistemológicamente. En diálogo con la tesis de Rancière de que la igualdad opera como presuposición y con la noción de Harman de función-cero, el proyecto aparece como irreductible a cualquiera de sus articulaciones: excede los roles prescritos y permanece abierto a apropiaciones imprevistas.

A partir de ahí, el artículo pone el acento en la dimensión micropolítica de la igualdad en arquitectura: las formas cotidianas, sutiles y a menudo no reconocidas en que el espacio se habita, se negocia y se reconfigura. Frente a marcos macropolíticos de regulación institucional y consenso, la micropolítica de la igualdad opera mediante diferencia y contestación, ligada a la autonomía ontológica del proyecto y a su interior plano. Las reflexiones finales preguntan cómo articular arquitectónicamente la estabilidad macropolítica y la apertura micropolítica sin que una reduzca a la otra en la búsqueda de la igualdad.

Palabras clave: *Autonomía arquitectónica, Posantropocentrismo, Igualdad ontológica, Ontopolítica, Inagotabilidad.*

Gonzalo Vaíllo
MORPHtopia / Universidad de Innsbruck
vaillo@morphtopia.com

ESP Introducción.

El discurso arquitectónico del siglo XX se ha articulado, en gran medida, en torno a una disyunción fundamental. O bien la arquitectura se repliega bajo la protección de una autonomía definida disciplinarme y a resguardo de las contingencias de la determinación social y política, o bien se disuelve en esas mismas contingencias, entendida como producto exclusivo de fuerzas históricas, culturales e ideológicas. En el primer caso, la disciplina preserva su integridad evitando la “contaminación” de la participación humana; en el segundo, la arquitectura solo adquiere sentido en la medida en que registra y responde a presiones externas como imaginarios socioculturales, sistemas simbólicos o estructuras construidas.

Esta división no es exclusiva de la arquitectura, sino que remite a bifurcaciones filosóficas más amplias: si lo real se plantea como algo que existe con independencia del acceso humano y a la espera de mediaciones representacionales, o si lo real no es otra cosa que la construcción continua de la percepción, el lenguaje y el discurso. La primera posición, heredera de la ‘cosa-en-sí’ kantiana y de posteriores tendencias realistas y formalistas, desplaza el problema de la implicación humana desde la constitución de lo real hacia el terreno de la representación.¹ La segunda, reforzada por teorías posestructuralistas y posmodernas, ancla lo real en el entramado de las dinámicas sociales y políticas.² La arquitectura ha reproducido estas posiciones con notable fidelidad. La búsqueda modernista de autonomía se legitimó a menudo en la presunción de una realidad dada —reducida casi siempre a la cuestión de la forma— y situada fuera de toda determinación humana, con Eisenman como figura paradigmática de esta tesis.³ A la inversa, corrientes críticas han sostenido que la realidad se forja de manera continua en contextos sociopolíticos y, como argumentó Tafuri, en sus condiciones de producción.⁴ Sin embargo, ni los enfoques modernistas ni los posmodernos abordaron de forma sustantiva las desigualdades sistémicas o las exclusiones sociales. La arquitectura posmoderna, aun cuando afirmaba movilizar sistemas simbólicos, categorías psicoanalíticas o la noción de evento, rara vez tradujo esos recursos en una confrontación directa con la desigualdad. Sus estrategias se reorientaron, paradójicamente, hacia preocupaciones formales: ya fuese en las dislocaciones geométricas del deconstructivismo, en el juego de las imágenes o en las recomposiciones históricas que animaron buena parte de su producción.

Solo ante las urgencias climáticas actuales, las desigualdades sistémicas y el resurgir de los populismos de derechas, la arquitectura ha activado con mayor intensidad las tácticas posmodernas de disenso, replanteando el diseño y la teoría como instrumentos para revertir legados de exclusión y emancipar voces y cuerpos históricamente negados o marginados. En consecuencia, los marcos

críticos y activistas han ganado centralidad, especialmente en el ámbito académico, mientras que las posiciones que reivindican la autonomía —por ejemplo, enfoques arquitectónicos orientados a objetos centrados en la autonomía de la entidad arquitectónica— se descartan cada vez más como ajenas a las crisis del presente.⁵ Que tales posiciones críticas y activistas basadas en estrategias de reparación y corrección son indispensables no admite duda. Pero también es legítimo preguntarse si agotan el horizonte de acción y pensamiento arquitectónico frente a la desigualdad y la exclusión. ¿Deben la igualdad y la inclusión concebirse únicamente como el resultado de la corrección —iniciativas que parten de la premisa de la desigualdad para transformarla en condición de igualdad? Jacques Rancière sostiene que la igualdad no es el resultado de la emancipación, sino su punto de partida.⁶ Si esto es así, quizá a la arquitectura no se le demande solo corregir, resistir o compensar, sino operar como si la igualdad ya estuviera dada y, simplemente, haya que practicarla.

Las siguientes reflexiones exploran esta posibilidad alternativa, situando —de forma quizá inesperada— una condición dada de igualdad en el estado autónomo de la arquitectura. Pero ¿cómo sostener tal afirmación sin volver a caer en un formalismo ciego a aspectos sociales? El argumento que se propone es que la oposición entre autonomía y determinación sociopolítica oculta una tercera vía. La autonomía no tiene por qué implicar una clausura sobre sí misma, ni la igualdad social necesita asentarse en imperativos morales o racionales. Si el proyecto arquitectónico se concibe como una entidad autónoma constituida por una multiplicidad de manifestaciones —distribuidas en tiempos y lugares, e incluyendo medios humanos y no humanos como dibujos, modelos, cálculos, estructuras, afectos, usos o percepciones— y si esas manifestaciones se entienden como ontológicamente iguales dentro del proyecto, entonces la autonomía puede replantearse como la condición misma que permite la entrada de lo sociopolítico sin agotar o corromper el proyecto. La inclusión, en este sentido, no se impondría como obligación derivada del reconocimiento de la desigualdad, sino que emergería del hecho de que todo

1. Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*, trad. Manuel García Morente (1781; Madrid: Editorial Tecnos, 2002).
2. Ver, por ejemplo, Michel Foucault, *La arqueología del saber* (Buenos Aires: Siglo veintiuno editores, 2002).
3. Peter Eisenman, *The Formal Basis of Modern Architecture* (1963; Zürich: Lars Müller Publishers, 2006).
4. Manfredo Tafuri, *Architecture and Utopia: Design and Capitalist Development*, trad. Barbara Luigia La Penta (1973; Cambridge: MIT Press, 1976).
5. Para un entendimiento general de la ontología orientada a objetos en arquitectura, véase Todd Gannon et al., “The Object Turn. A Conversation,” *Log* 33 (Winter 2015): 73–94; Graham Harman, *Arquitectura y objetos*, trad. Gonzalo Vaíllo (Madrid: Enclave de Libros, 2023). Para una crítica de los enfoques arquitectónicos derivados de la ontología orientada a objetos, véase Hélène Frichot, *Creative Ecologies: Theorizing the Practice of Architecture* (Bloomsbury Academic, 2018), cap. 3.6.
6. Jacques Rancière, “The Method of Equality: Politics and Poetics,” en *Recognition or Disagreement: A Critical Encounter on the Politics of Freedom, Equality, and Identity*, ed. Katia Genel y Jean-Philippe Deranty (Nueva York: Columbia University Press, 2016), 133–55.

encuentro con la arquitectura es uno entre muchos, cada uno perteneciente al propio proyecto y ninguno capaz de proclamarse hegemónico. La igualdad residiría entonces en la irreductibilidad: en aplanar el valor asignado a los encuentros arquitectónicos respecto del proyecto en su conjunto, de modo que ningún individuo, grupo, interpretación o apropiación pueda elevarse por encima de los demás. Así, igualdad e inclusión no aparecen como prescripciones epistemológicas, sino como condición ontológica del propio proyecto: una autonomía en la que lo sociopolítico queda inscrito como parte de su constitución, sin quedar nunca agotado por ello. Esto abre la puerta a proposiciones arquitectónicas que no orbitan únicamente en torno a la corrección de problemas sociales identificados, sino que permanecen abiertas, inagotables y capaces de acoger encuentros más allá de los ya previstos.

Tal ambición exige precisar en qué sentido la arquitectura puede ser política cuando su operación no es ante todo discursiva, denunciatoria o programáticamente reparadora. Aquí resulta útil una distinción. En un plano macropolítico, la arquitectura está implicada en la regulación institucional de la vida: normas, códigos, marcos de políticas públicas y discursos que identifican exclusiones y buscan corregirlas mediante mecanismos de consenso. Pero existe también un plano micropolítico, más difícil de reconocer y a menudo desatendido, donde lo político se despliega en formas menores, cotidianas y con frecuencia silenciosas de vivir, negociar y reconfigurar los espacios. Es en este registro micropolítico donde la condición ontológica aquí propuesta se concreta. La igualdad inscrita en el interior plano e igualitario del proyecto no es una tesis que deba representarse, sino una condición que ha de ponerse en marcha a través de la multiplicidad de encuentros que la arquitectura puede alojar sin proclamar ninguno como soberano. Para ello, la arquitectura ocupa una posición privilegiada. Precisamente por su ubicuidad y porque —cuando se concibe como inagotable— puede resistir reduccionismos, la arquitectura está especialmente capacitada para ejecutar micro prácticas de igualdad que no dependen de la identificación y corrección, y cuya eficacia suele ser estructural más que visible.

Los límites de la autonomía disciplinar y del construccionismo.

La oposición entre autonomía y determinación sociopolítica configuró con notable persistencia los términos del discurso arquitectónico a lo largo del siglo XX. Por un lado, la autonomía se garantizaba excluyendo las contingencias de la vida humana: la arquitectura debía definirse por sus leyes internas de forma, tipología o autorreferencialidad disciplinar. La autonomía arquitectónica en la Ilustración de Kaufmann ligada a la claridad geométrica, la esencialización de la forma en Eisenman, o los formalismos estéticos de Fiedler o Greenberg en la historia y la crítica del arte modernista ejemplifican esa aspiración.⁷ La

autonomía se afirmaba poniendo en entredicho al sujeto, de modo que el sentido de la arquitectura residiera exclusivamente en su propia constitución formal. Sin embargo, esta orientación era paradójica. Incluso cuando pretendía cortar el vínculo del proyecto con la vida social y discursiva, dependía del juicio humano para certificar su autonomía. Eisenman no solo “sabe”, sino que —con mayor precisión— establece que la esencia y la autonomía de la arquitectura se encuentran en formas centroidales o lineales.⁸ Greenberg no solo “reconoce”, sino que —más propiamente— determina que la autonomía de la pintura reside en su planaridad.⁹ En estos casos, lo que se declara autónomo se apoya en la decisión de un autor. El objeto arquitectónico o artístico, presentado como autosuficiente, seguía determinándose por medios y categorías externas a sí mismo. La autosuficiencia atribuida al objeto quedaba así sometida de forma continua a dictados derivados del sujeto. Formulaciones epistemológicas se elevaban a aserciones ontológicas y se fijaban como verdades inmutables.

Por otro lado, los paradigmas construccionistas del siglo XX insistieron en que la arquitectura es, desde siempre, un producto cultural, social y político. La lectura deconstructiva de Derrida por parte de Wigley, la noción de disyunción en Tschumi, o la crítica “desde fuera” en Agrest alinearon la arquitectura con los giros lingüístico y político de las humanidades.¹⁰ En este ámbito, la arquitectura se constituía efectivamente a través de sistemas simbólicos, discursos y acontecimientos, más que mediante formas autónomas. Sin embargo, aquello que ponían en primer plano —cuerpos, signos o eventos— era con demasiada frecuencia desplazado hacia maniobras compositivas: dislocaciones geométricas, juego de imágenes o recombinaciones históricas. La retórica de la construcción social acababa reabsorbida por cuestiones de composición.

Las prácticas construccionistas contemporáneas —de forma especialmente visible en las estrategias críticas, activistas y de reparación— han intentado superar esas limitaciones afrontando la exclusión de manera directa. A partir de discursos feministas, queer, poscoloniales y ecológicos, han logrado avances sustantivos en la rehabilitación de sujetos marginados y en la ampliación de las voces con las que la arquitectura se involucra. Aquí, igualdad e inclusión se han puesto en práctica

7. Emil Kaufmann, *De Ledoux a Le Corbusier: origen y desarrollo de la arquitectura autónoma*, trad. Reinald Bernet (1933; Barcelona: Gustavo Gili, 1982); Peter Eisenman, “Autonomy and the Will to the Critical,” *Assemblage*, no. 41 (2000): 90–91; Conrad Fiedler, *On Judging Works of Visual Art*, trad. Henry Schaefer-Simmern y Fulmer Mood (1876; 2nd ed., Berkeley: University of California Press, 1957); Clement Greenberg, “Modernist Painting,” en *Art in Theory 1900–2000: An Anthology of Changing Ideas*, ed. Charles Harrison y Paul Wood (1961; Hoboken: Wiley-Blackwell, 2003), 773–79.
8. Eisenman, *The Formal Basis of Modern Architecture*, 95.
9. Greenberg, “Modernist Painting”.
10. Philip Johnson y Mark Wigley, eds., *Arquitectura deconstructivista*, trad. Aquiles González y María Luisa Aguado (Barcelona: Gustavo Gili, 1988); Bernard Tschumi, *Architecture and Disjunction* (Cambridge: MIT Press, 1996).

como respuesta a exclusiones identificadas.¹¹ Sin embargo, los mismos métodos que hacen eficaces estas prácticas —mayoritariamente epistemológicos basados en la razón y la moral— delimitan también su alcance. Pero, inevitablemente, toda orientación epistemológica implica un sesgo antropocéntrico. Incluso cuando se abre a horizontes más amplios —como ocurre hoy con la integración de grupos sociales desfavorecidos o de lo no-humano— esas entidades quedan reconocidas únicamente a través de la razón humana, marcos discursivos y principios morales renovados. Y un régimen cuyas directrices siguen marcadas desde un sujeto humano centralizado, excluye aquello que no puede someterse a la capacidad de lo racional para concebirlo, incluidas configuraciones que podrían resultar beneficiosas precisamente porque lo desbordan. Cuando la arquitectura opera solo dentro del horizonte epistemológico del sujeto humano, el antropocentrismo se convierte en su condición por defecto y, una vez acoplado a métodos crítico-analíticos, el pluralismo antropocéntrico aparece como resultado previsible. Pero este pluralismo solo puede reaccionar a aquello que critica y, por tanto, queda ligado a ello. Puede combatir, sin duda, las desigualdades que identifica, pero únicamente desde el horizonte que esas desigualdades establecen. Esto lo vuelve estructuralmente limitado y deja poco margen para otros fundamentos desde los que pensar y sostener la igualdad, y con ella, la inclusión. En este sentido, la arquitectura sigue entendiéndose ante todo como una herramienta reparadora: un medio para producir inclusión mediante la corrección de exclusiones previamente visibilizadas. Y esto no es, en absoluto, un logro menor. Sin embargo, queda por preguntar si la arquitectura puede concebirse también como una entidad que ya opera en igualdad, precisamente para ampliar aquellas condiciones que los enfoques de reparación tienden a obturar. En ese caso, la inclusión no llegaría como corrección, sino como condición constitutiva.

Autonomía ontológica e interior plano del proyecto arquitectónico.

Si, como se ha argumentado, el sentido de la autonomía arquitectónica del siglo XX estaba ligado a coordenadas antropocéntricas, entonces es necesario articular otra comprensión de la autonomía: una que no se defina en oposición al sujeto humano, pero que tampoco quede agotada por él. Lo que aquí se propone es un marco que concibe el proyecto arquitectónico como una entidad autónoma capaz de mantener unidas múltiples manifestaciones —humanas y no humanas— sin reducirse a ninguna de ellas en particular. Se trata de una autonomía posantropocéntrica: no porque excluya a los humanos, sino porque no puede reducirse a ellos. Este cambio puede aclararse a través de ciertos marcos de la filosofía posthumanista y orientada a objetos. Algunos pensadores posthumanistas insisten en que la experiencia humana y el discurso forman parte de una realidad que no depende del sujeto. Levi Bryant, por ejemplo, concibe

los objetos autónomos como compuestos por lo que denomina manifestaciones locales. Sin embargo, explica, “las manifestaciones locales no deben confundirse con manifestaciones para o ante un sujeto, sino que son acontecimientos que tienen lugar en el mundo con independencia de que existan o no sujetos o seres sensibles que puedan presenciarlos. [...] La experiencia es un subconjunto de la manifestación local, pero el conjunto formado por las manifestaciones locales es infinitamente mayor que el conjunto formado por la experiencia.”¹² Aplicado a la arquitectura, esto sugiere que los proyectos están constituidos por elementos humanos y no humanos, cada uno actuando como expresión fragmentaria y como parte constitutiva de un todo mayor. Dibujos, modelos, cálculos estructurales, ensamblajes materiales, espacios construidos, rutinas de mantenimiento, afectos y usos cotidianos por parte de quienes los habitan son manifestaciones locales del proyecto. Cada una es igualmente relevante para su configuración, pero ninguna puede pretender agotarlo.

Este planteamiento conecta con otros intentos críticos de ir más allá de la dicotomía entre lenguaje —como construcción humana que define todo lo demás— y realidad —como aquello que se mantendría al margen de la implicación humana—. Como escribe Susan Hekman: “Privilegiar la realidad frente a la construcción, la solución modernista, no es preferible a privilegiar la construcción frente a la realidad, la alternativa constructorista. Lo que necesitamos es una concepción que no presuponga una brecha entre lenguaje y realidad que deba ser salvada, que no defina ambos como opuestos.”¹³ Rein Raud formula una idea similar: “el propio lenguaje es también parte de la realidad que pretende reflejar.”¹⁴ Que las actividades humanas no pueden separarse de la realidad que habitan —y que, de hecho, también constituyen— se hace aún más claro cuando Lars Spuybroek sostiene que “lo fenómeno debe verse como continuo con lo ontológico.”¹⁵ La fenomenalidad del diseño y de la habitabilidad, las resonancias afectivas del espacio y las involucraciones perceptivas y emocionales no son añadidos extraños a una forma por lo demás autónoma. Son encuentros arquitectónicos y, como recuerda Benjamin, la arquitectura permanece en un segundo plano de la experiencia.¹⁶ Se despliegan la mayoría de las veces en modos cotidianos,

11. Véase Jane Rendell et al., *Gender Space Architecture: An Interdisciplinary Introduction* (London y Nueva York: Routledge, 2000); Paul Preciado, *Pornotopia: An Essay on Playboy's Architecture and Biopolitics* (Princeton: Princeton University Press, 2014); Fricot, *Creative Ecologies; David Gissen, The Architecture of Disability: Buildings, Cities, and Landscapes beyond Access* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2023).
12. Levi R. Bryant, *The Democracy of Objects* (Ann Arbor, MI: Open Humanities Press, 2011), 69, [traducción del autor].
13. Susan J. Hekman, “Constructing the Ballast: An Ontology for Feminism,” en *Material Feminisms*, ed. Stacy Alaimo y Susan J. Hekman (Bloomington, IN: Indiana University Press, 2008), 91–92, [traducción del autor].
14. Rein Raud, *Being in Flux: A Post-Antropocentric Ontology of the Self* (Cambridge: Polity Press, 2021), 47, [traducción del autor].
15. Lars Spuybroek, “Charis and Radiance: The Ontological Dimensions of Beauty,” en *Giving and Taking: Antidotes to a Culture of Greed*, ed. J. Brouwer S. Van Tuinen (Rotterdam: V2_Publishing, 2014), 135, [traducción del autor].
16. Para Benjamin, “la percepción visual de la arquitectura suele ser, antes que atenta, accidental o casual”. Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproducción mecánica*, trad. Wolfgang Iser (1936; Madrid: Casimiro libros, 2018), 54–55.

tácitos e incluso inconscientes en el diseñar y habitar. Esto no impide que se consideren manifestaciones fragmentarias igualmente constituyentes de la realidad ontológica del proyecto.

Reconocer esto desestabiliza el reflejo antropocéntrico de reducir la arquitectura o bien a su esencialización formal o bien a su discurso sociopolítico. Replantea el proyecto como algo ontológicamente distribuido: un conjunto de manifestaciones heterogéneas pero iguales, es decir, un interior plano, no jerárquico.¹⁷ En este sentido, la igualdad no se impone desde fuera mediante dictados morales o políticos, ni queda agotada por ellos. Está inscrita en la propia constitución del proyecto como entidad autónoma. Lo decisivo no es qué manifestación se acerca más a una supuesta verdad o esencia. De hecho, las nociones mismas de verdad y esencia se entienden aquí como filtros epistemológicos, y la instauración de esos filtros suele fundar condiciones de desigualdad y exclusión en la medida en que dependen de quién está autorizado a definirlos. En un modelo de interior plano, en cambio, todas las manifestaciones se sostienen en pie de igualdad, sin que ninguna se eleve por encima de otra. Adoptar esta perspectiva ontológica impide la proliferación de reclamaciones dependientes del sujeto sobre lo que está bien o mal en relación con los fenómenos del mundo y, con ello, resiste las jerarquías que sostienen la desigualdad social.

Es en este aplanamiento del interior del proyecto — en su negativa a privilegiar una manifestación sobre otra— donde emerge una dimensión ontopolítica. David Chandler utiliza el término ‘ontopolítica’ para describir cómo ciertas premisas ontológicas que disuelven distinciones jerárquicas entre humanos y no humanos pueden orientar una política que ya no se organiza en torno a la centralidad humana.¹⁸ En el argumento que aquí se plantea, la ontopolítica se refiere a la condición por la cual la igualdad ya opera en el nivel de la constitución metafísica del proyecto arquitectónico, en este caso, con una interioridad plana. Toda manifestación —técnica o experiencial, discursiva o material, humana o no humana— queda incluida como parte fundamental del proyecto, sin jerarquías. Es igual por la paridad ontológica de sus componentes. En este sentido, la arquitectura ya materializa condiciones de igualdad sobre las que puede operar la vida social. La misma lógica ontopolítica de igualdad entre manifestaciones no-humanas se extiende a las relaciones entre sus participantes humanos, puesto que —como recuerda Bryant— “la experiencia es un subconjunto de la manifestación local.” Por eso, este sentido posantropocéntrico de la autonomía no solo permite, sino que requiere que la ambición sociopolítica de igualdad opere sin agotar la realidad del proyecto. Precisamente porque el proyecto no puede agotarse en ninguna de sus partes, puede incluir todos los encuentros en su interior sin que ninguno pueda reclamar la totalidad.

La igualdad como operación en lo inagotable.

Si la estructura ontológica del proyecto consiste en un conjunto de manifestaciones distribuidas y no jerárquicas, entonces la tarea del diseño arquitectónico no es producir la igualdad como un objetivo prefijado, sino operar desde dentro de ella. La igualdad, en este sentido, no es algo que haya que alcanzar, sino algo que hay que practicar: no se realiza como resultado, sino como condición ya presente. Cuando la igualdad se entiende como operativa —y no como aspiración—, las tareas del diseño se reorientan. Ya no se trata de corregir exclusiones una vez identificadas, sino de sostener un modo de práctica que se niega a constituir la exclusión en primer lugar.

Para Jacques Rancière, este principio es central tanto en la política como en la estética. La política no ocurre cuando quienes carecen de visibilidad reciben reconocimiento por vías críticas. Ocurre, más bien, cuando actúan como si su igualdad ya estuviera presupuesta. Como escribe: “Lo que significa la presuposición de la igualdad es la ruptura de la creencia desigualitaria o del saber desigualitario. El nombre de esta decisión es emancipación.”¹⁹ En esta interpretación, la emancipación no es la llegada a la igualdad, sino la interrupción de jerarquías a partir del supuesto de que la igualdad ya es el caso. Entonces, el arte no puede reducirse a la denuncia o a la exposición de la injusticia, porque estos gestos suelen quedar atrapados en las mismas jerarquías que pretenden deshacer. En *El malestar en la estética*, Rancière critica lo que denomina ‘arte crítico’: obras que se apoyan en desvelar mecanismos ocultos de dominación o en agitar al público para “concienciarlo.”²⁰ Estas estrategias tienden a reproducir la asimetría —y, por tanto, la jerarquía— entre el crítico iluminado y el espectador pasivo. En cambio, un arte emancipador —o, por extensión, una arquitectura emancipadora, en clave de Rancière— opera escenificando la igualdad como algo ya dado. Leída así, la igualdad es menos un destino que un procedimiento. Se activa en el momento en que se rechaza el reparto de capacidades que autoriza a unos a hablar, decidir o interpretar y asigna a otros el papel de recibir. La igualdad no parte de la exclusión ni de su reparación, sino de la ausencia de un marco previo que predetermine los roles. Los sujetos quedan iguales en sus capacidades dispares de actuar sin estructuras generales de validación que dicten quién puede actuar y en qué condiciones. En ausencia de esas jerarquías prefiguradas, no solo pueden participar libremente quienes antes quedaban excluidos, sino que también se amplían las posibilidades de la propia

17. Algunos autores de la OOO emplean el término “ontología plana” para designar el estatus igual de las entidades. Ian Bogost, *Alien Phenomenology, or What It's Like to Be a Thing* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2012), 11–19; Graham Harman, *Object-Oriented Ontology: A New Theory of Everything* (London: Penguin UK, 2017), 54–58. Aquí, la noción de ‘interior plano’ extiende esa igualdad al interior de cada objeto, donde todas sus manifestaciones resultan igualmente relevantes.
18. Véase David Chandler, *Ontopolitics in the Anthropocene: An Introduction to Mapping, Sensing and Hacking* (Abingdon y Nueva York: Routledge, 2018).
19. Rancière, “The Method of Equality,” 139, [traducción del autor].
20. Jacques Rancière, *El malestar en la estética* (2009; Madrid: Clave Intelectual, 2012).

obra artística o arquitectónica mediante esa actuación no condicionada. Como escribe Rancière: “El método de la igualdad supone que se puede partir de cualquier punto y que existen múltiples caminos que pueden construirse para llegar a otro punto y, después, a otro más, de un modo no previsible.”²¹

Para la arquitectura, la implicación no es que la crítica se vuelva ilegítima, sino que no puede ser el único modelo de eficacia política en la búsqueda de igualdad corporal y social. El proyecto puede poner en escena la igualdad sin necesidad de establecer primero una jerarquía pedagógica entre quienes “saben” los mecanismos de dominación y quienes deben ser conducidos hacia el reconocimiento. La apuesta política se reorienta: ya no se trata de producir la lectura correcta, sino de establecer un contexto en el que las lecturas y los usos permanezcan, por principio, revisables. Esto sugiere que la inclusión no puede entenderse solo como reparación de una exclusión previa. Ha de quedar inscrita en la propia constitución del proyecto, puesta en marcha mediante la negativa a privilegiar una manifestación o un encuentro sobre otro, incluso si este es de índole reparativa. La fuerza política de la arquitectura no reside únicamente en su capacidad para denunciar y revertir desigualdades desde fuera; también reside en su capacidad para activar su propio interior de modo que ninguna voz, ningún uso y ninguna interpretación pueda reclamar autoridad final. El diseño entonces no prescribe la igualdad: la pone en práctica al configurar la arquitectura ofrecida —y su uso— según el interior autónomo y no jerárquico del proyecto. Hacerlo implica proponer una arquitectura que permanezca irreductible e inagotable frente a cualquier apropiación particular; una arquitectura abierta al descubrimiento continuo.²² Esta puesta en marcha no debería forzarse o volverse espectacular o especial. Se despliega en lo cotidiano: en pequeñas apropiaciones, desvíos, pausas, cruces, reutilizaciones —a menudo inadvertidas, pero estructuralmente decisivas—. Precisamente porque la arquitectura es ubicua y, cuando se concibe como inagotable resiste cualquier reduccionismo, puede sostener formas de igualdad que no esperan a ser reconocidas y cuyos efectos suelen ser más contundentes en sus consecuencias que visibles como reivindicación.

Señalar proyectos concretos podría aclarar cómo se ha implementado esta condición ontológica de igualdad, pero también corre el riesgo de estrechar el argumento hacia resultados formales y programáticos específicos o hacia métodos de diseño reconocibles. En la práctica, convertiría una formulación ontológica en un repertorio tipológico y metodológico. Y dado que la cuestión es precisamente cómo cada arquitecto puede traducir este marco de manera particular dentro de las propias restricciones de cada encargo y cada contexto, resulta más productivo identificar conceptos arquitectónicos que resuenen con la idea de una arquitectura que ya opera en igualdad. Uno de esos conceptos —al menos en parte— es la noción

de ‘función-cero’ de Graham Harman. Harman sostiene que los objetos, incluidas las obras de arquitectura, nunca pueden reducirse por completo a las funciones que se les asignan. Toda obra excede los roles para los que fue diseñada y conserva un excedente que se resiste a la instrumentalización. Para él, los objetos no quedan agotados por sus relaciones experienciales: mantienen una reserva frente a cualquier intento de totalizarlos.²³ En términos arquitectónicos, la función-cero invoca tal excedente: una “descomposición del propósito” de modo que la función “se haga menos específica, apartándola ligeramente de cualquier relación en particular.”²⁴ Lejos de reducir la utilidad de la arquitectura, la función-cero pone en primer plano su inagotabilidad. Un diseño así planteado conserva una reserva de posibilidades que escapan a toda asignación funcional y permite que aparezcan encuentros imprevistos. Los espacios sostienen un excedente que desborda sus funciones inmediatas y los abre a una reinterpretación constante. Ese excedente es, precisamente, donde tiene lugar la igualdad: en usos no autorizados de antemano por el programa, la norma o el sujeto previsto. Esta inagotabilidad no debilita el cometido social de la arquitectura; al contrario, asegura su apertura a múltiples usos y significados, lo que, en términos sociales, impide la exclusión de quienes actúan y perciben de otro modo. La igualdad se pone así en práctica en este marco de inagotabilidad. Ningún programa ni ningún grupo puede monopolizar la definición del proyecto, y, sin embargo, cada uno resulta indispensable para su constitución.

En conjunto, el método de la igualdad de Rancière y la función-cero de Harman sugieren una política del diseño que no se basa en la respuesta o la redención, sino en una indiferencia estructural frente a los roles. En este marco, una arquitectura de la igualdad no reparte reconocimiento identificado a colectivos excluidos; suspende los propios mecanismos de exclusión. Se niega a asignar significados definitivos al espacio o a sus usuarios y resiste la reducción del proyecto a funciones discursivas, morales o simbólicas. Una arquitectura así no tiene nada que denunciar porque no escenifica una jerarquía en la que caer. Sus propuestas no se presentan como justas o inclusivas, no proclaman solidaridad ni dramatizan resistencia. En su lugar, fomentan autorías dispares y formas heterogéneas de implicación por defecto. Tal arquitectura se organiza en torno a un principio de inagotabilidad: ningún uso es final, ninguna lectura concluyente, ningún sujeto definitivo. Al negarse a cerrarse o definirse, el proyecto activa la igualdad, no como una promesa, sino como una condición ya operativa en su estructura material, funcional, formal y temporal. Esta perspectiva también resuena con ideas arquitectónicas que se resisten a colapsar el sentido en funciones prefijadas.

21. Rancière, “The Method of Equality,” 139, [traducción del autor]

22. Un planteamiento afín, escéptico ante los métodos críticos y orientado a una arquitectura abierta, aparece también en Mark Foster Gage, *Designing Social Equality: Architecture, Aesthetics, and the Perception of Democracy* (Abingdon: Routledge, 2019).

23. Graham Harman, *Immaterialismo*, trad. Héctor Hevia (2016; Santiago de Chile: Editorial Ronco, 2024).

24. Harman, *Arquitectura y objetos*, 215.

Por ejemplo, la noción de “desprogramación” de Federico Soriano ofrece una formulación afín. Desprogramar no elimina el programa, sino que lo reenfoca hacia un campo de posibilidades. Como él mismo plantea, se trata de “inyectar en el origen del objeto la condición abierta” para que las funciones “queden a expensas de cada uso o usuario.”²⁵ Es una cartografía de lo no planificado, donde usos estandarizados conviven con apropiaciones imprevistas, todos ellos aplanados dentro del conjunto del proyecto. La desprogramación suspende así la soberanía del programa específico y lo sitúa como una manifestación más entre otras, dentro de la estructura inagotable del proyecto.

Desde esta óptica, la arquitectura deja de operar como medio de crítica y pasa a ser el escenario de una práctica no planificada. No es una práctica que parta de la desigualdad para repararla, sino una que asume la igualdad como punto de partida y genera las condiciones para que pueda ejercerse. Este desplazamiento redefine el papel del arquitecto: ya no como técnico de la corrección o estrategia de la redención social, sino como facilitador de encuentros que no pueden capturarse mediante categorías prefiguradas. La ética del diseño no consiste en prescribir resultados, sino en salvaguardar la inagotabilidad del proyecto, manteniéndolo abierto a apropiaciones no previstas. Liberado del reduccionismo discursivo, el diseño resultante se convierte en un dispositivo resonante de su propio interior no jerárquico.

Considerar la micropolítica de la igualdad arquitectónica.

Preguntar si la arquitectura puede activar la igualdad sin reducirse a la reparación o a la crítica equivale a preguntar hasta dónde puede extenderse lo político como modo de práctica arquitectónica. Para ello es necesario distinguir los distintos niveles en los que opera la política y aclarar de qué manera participa la arquitectura en cada uno de ellos.

Por un lado, lo que podemos llamar ‘lo macropolítico’ —el nivel de las instituciones, las leyes, las políticas y los discursos— funciona en gran medida mediante el consenso, produciendo marcos reguladores para la vida colectiva. Es la cara visible de la política, el ámbito en el que emergen estrategias de corrección y reparación. Es ahí donde intervienen la crítica, la denuncia y los enfoques activistas para poner al descubierto mecanismos de exclusión, y donde los dispositivos institucionales —académicos, jurídicos y gubernamentales— son convocados para traducir esas críticas en normas, derechos y políticas. El papel de lo macropolítico es decisivo: sin garantías legales, los derechos siguen siendo frágiles; sin marcos institucionales, la igualdad corre el riesgo de volverse contingente y precaria. Los estándares de accesibilidad, el derecho a la vivienda o los protocolos ambientales son logros indispensables a nivel macropolítico. Este frente de batalla permanecerá

siempre activo, ya que la desigualdad se adapta sin cesar y sus síntomas reaparecen constantemente. Es también el registro en el que el discurso y la acción arquitectónica se han vuelto más legibles en sí mismos, ya que ofrece objetivos concretos de intervención: programas que ajustar, normas que reescribir, historias que corregir y sujetos que representar.

Por otro lado, ‘lo micropolítico’ emerge en lo cotidiano. Aparece en apropiaciones dispersas y en los planos afectivos desde los que los espacios se sienten y se recorren. Toma forma en los modos de entrar, usar, evitar, adaptar o reinterpretar los lugares. Se consolida en hábitos de movimiento y de atención que se asientan silenciosamente con el tiempo, y en permisos que se conceden o se retiran de manera tácita. También se manifiesta en la forma sutil en que un entorno invita a la apropiación o impone el cumplimiento. Son gestos a menudo imperceptibles, y sin embargo estructuralmente eficaces. Gran parte de este registro permanece por debajo del umbral del reconocimiento explícito. No suele describirse como político porque rara vez adopta la forma de una posición declarada, un programa o una demanda. Y, sin embargo, tiene consecuencias políticas precisamente porque se ejerce de manera continua, a través de pequeñas diferencias que se acumulan. La micropolítica no se ocupa ante todo del reconocimiento o la regulación, sino de los modos silenciosos en que el espacio se diseña, se habita, se apropia y se transforma. Por eso, cuando se ejerce de forma inapropiada, una micropolítica de la desigualdad resulta tan difícil de identificar.

Sin duda, ahí radica la contribución analítica de la crítica: hacer legibles esas micro-desigualdades. El problema aparece cuando el marco de actuación es únicamente de corrección y se desplaza en exclusiva al plano macropolítico. De ahí que aquí se reivindique también una práctica de la igualdad arquitectónica en lo micropolítico. En consecuencia, los gestos de una micropolítica de la igualdad pocas veces son espectaculares y a menudo no dejan huella visible, pero reconfiguran el funcionamiento del espacio de maneras que las instituciones no pueden codificar. Por eso, una micropolítica para la igualdad en la arquitectura resulta menos representable y ha sido, de forma persistente, relegada en el discurso arquitectónico, pese a ser uno de los principales lugares donde poder practicar la igualdad. Este ámbito se corresponde con lo que Rancière describe como una interrupción del orden sensible y con lo que Chantal Mouffe identifica —en especial en su lectura del espacio público— como la condición agonista de la democracia: el terreno en el que el conflicto, y no el consenso, hace posible la igualdad.²⁶

25. Federico Soriano, *Encoger* (Madrid: Fisuras, 2020), 73.

26. Véase, Jacques Rancière, *El reparto de lo sensible. Estética y política*, trad. Mónica Padró (2004; Buenos Aires: Prometeo Libros, 2014); Chantal Mouffe, *Agonística: Pensar el mundo políticamente*, trad. Soledad Laclau (2013; Fondo de Cultura Económica, 2014), cap. 5.

El discurso arquitectónico tiende a privilegiar lo macropolítico porque se ajusta a los formatos epistemológicos dominantes de la crítica, el diagnóstico y la prescripción. Es relativamente más fácil nombrar una exclusión que describir las microdinámicas a través de las cuales la igualdad se ejerce en la práctica. Por ello, lo político se formula con frecuencia como aquello que la arquitectura puede decir, simbolizar o corregir. Sin embargo, eclipsar lo micropolítico como un campo en el que la arquitectura puede operar hacia la igualdad supone perder un frente amplio para concebir y practicar la igualdad de otro modo. Las limitaciones de las estrategias de reparación ya se han señalado más arriba. Frente a la tendencia actual a tratar la corrección como el único horizonte eficaz de acción, resulta necesario reivindicar la micropolítica como un campo paralelo de acción y pensamiento arquitectónico, que no es secundario ni meramente derivado. Tal y como se plantea aquí, lo micropolítico no aparece como una “aplicación” de una política externa a la arquitectura. Emerge de la constitución ontológica del proyecto: de su interioridad plana, donde manifestaciones heterogéneas —materiales, técnicas, experienciales, discursivas, humanas y no humanas— se integran sin rango jerárquico. La autonomía del proyecto, entendida como irreductibilidad e inagotabilidad y no como clausura sobre sí misma, establece un campo en el que ningún uso, interpretación o apropiación puede reclamar autoridad total. La igualdad opera aquí no como una instrucción racional o moral, sino como un rasgo estructural del proyecto: el rechazo del cierre, el mantenimiento de la apertura, la suspensión de funciones impuestas.

La micropolítica, en este sentido, no opera mediante consenso, sino mediante diferencias sutiles y contestación. Esto ocurre porque cada manifestación del proyecto —incluidas las que se realizan por medios humanos— es singular en relación con el proyecto que la contiene. En el marco irreductible e inagotable del proyecto autónomo, la micropolítica adopta la forma de una ontopolítica: la puesta en escena de una igualdad ya operativa, inscrita en la planaridad del proyecto, donde ninguna manifestación se privilegia, ningún rol queda predeterminado y ningún encuentro es definitivo. Los poderes micropolíticos de la arquitectura se vuelven políticos no por corregir lo excluido, sino por asegurar que nada quede clausurado: por mantener el proyecto abierto a apropiaciones imprevistas que son parte del propio proyecto. La micropolítica no actúa mediante codificación, sino mediante su ejercicio. Es ahí donde la arquitectura se compromete con lo no planificado, lo menor, lo periférico, configurando condiciones en las que la igualdad se ejerce de manera infraestructural más que declarada discursivamente. La ética de este modelo reside en mantener la inagotabilidad siempre activa, de modo que ningún encuentro pueda imponer los términos de los demás dentro del mismo proyecto.

Insistir en la micropolítica, por tanto, no implica desestimar

lo macropolítico. El objetivo es contrapesar la hegemonía de lo macropolítico como horizonte privilegiado del pensamiento político en arquitectura. Si se pretende maximizar la igualdad, esta no puede quedar confinada a lo representable en normas y discursos. La arquitectura está en una posición singular para activar condiciones micropolíticas de igualdad porque persiste materialmente en el tiempo, porque se encuentra una y otra vez en los ritmos ordinarios de la vida, y porque puede configurarse de manera inagotable, permitiendo apropiaciones no previstas sin requerir autorización previa. La fuerza política de la arquitectura quizá resida menos en lo que declara que en lo que permita que ocurra: menos en el encuadre retórico de la inclusión que en la redistribución silenciosa pero decisiva de oportunidades que posibilita un proyecto que permanece abierto.

Conclusión.

La igualdad en arquitectura no puede reducirse a un problema de representación o de intención, ni siquiera de corrección. La igualdad se vuelve arquitectónicamente efectiva cuando se entiende como una operación: una condición que se hace efectiva en el propio modo de existir del proyecto, en su negativa a quedar agotado por un único uso, relato o interpretación autorizada. En este sentido, el proyecto autónomo —concebido no como una forma cerrada sobre sí misma, sino como una entidad inagotable con una interioridad plana— puede ser político sin volverse primordialmente denunciatorio. Su política no depende de proclamar la inclusión, sino de sostener las condiciones para que la inclusión pueda ocurrir sin permiso: en prácticas dispersas, a menudo inconscientes, y estructuralmente eficaces del encuentro cotidiano.

Replantear la igualdad como operación desplaza también el lugar de la responsabilidad arquitectónica. La pregunta ya no es solo qué representa la arquitectura o qué corrige, sino cómo mantiene abierto un campo de participación posible. Aquí, el arquitecto no es ni el técnico neutral de la forma ni el legislador moral de la vida social, sino un practicante de umbrales: alguien que organiza condiciones de encuentro sin clausurarlas. Esta tarea no es puramente compositiva ni puramente ética. Es ontológica, en la medida en que concierne a lo que el proyecto es y puede ser. Y es política, en tanto ese “puede ser” distribuye capacidades, permisos y posibilidades entre cuerpos, situaciones y tiempos. Cuando la igualdad no se trata como una meta que cumplir, sino como una condición que mantener, la eficacia política de la arquitectura se reorienta. Pasa de producir soluciones “correctas” a mantener un sistema abierto; de la autoridad de un programa concreto a la persistencia de la inagotabilidad.

Al mismo tiempo, este giro no debe entenderse como un argumento contra la acción macropolítica. La tensión entre macro y micro es estructural. Operan con lógicas distintas: la macropolítica tiende al consenso

y la regulación, mientras la micropolítica se alimenta del conflicto diferencial y la imprevisibilidad. Una actúa nombrando y codificando exclusiones; la otra, negándose a reconocer la autoridad unívoca. Sin embargo, ambas son necesarias. Sin marcos macropolíticos, la igualdad carece de durabilidad; sin ejercitaciones micropolíticas, corre el riesgo de fosilizarse en un consenso burocrático. La fuerza de las estrategias arquitectónicas de reparación reside precisamente en su capacidad para traducir la crítica en protecciones duraderas y marcos compartidos. Pero los límites de las tácticas correctivas evidencian la necesidad de otro registro político —invisible en el discurso arquitectónico— donde la igualdad no aparece como un logro a certificar, sino como una práctica a ejercer. La cuestión, entonces, no es si la arquitectura debe ser política, sino qué formas de eficacia política puede sostener más allá de los paradigmas que hoy dominan la manera de enmarcar la igualdad. Sobre esto, el reto no es elegir entre lo macro y lo micropolítico en arquitectura, sino comprender cómo podrían coordinarse pese a su antagonismo. Esa coordinación no puede ser una síntesis: debería ser una articulación. Los marcos macropolíticos tendrían que encontrar modos de apoyar los actos micropolíticos, mientras que las prácticas micropolíticas deberían poder filtrarse hacia lo macro, transformando las instituciones desde dentro. La arquitectura, por su ubicuidad, está en una posición privilegiada para intentar esa coordinación. Opera a la vez en la escala de leyes, códigos y derechos, y en la escala de la habitabilidad cotidiana, el afecto y la apropiación. Su capacidad para sostener ambos niveles en tensión es donde reside su fuerza política.

Este artículo ha puesto el acento en lo micropolítico —abordado a través de la autonomía ontológica del proyecto arquitectónico— como una dimensión necesaria y a menudo desatendida de la igualdad. Es un primer paso hacia la tarea más amplia de articular los registros micro y macropolíticos para que la igualdad pueda ser, a la vez, más duradera y abierta en el diseño y la habitabilidad arquitectónica. ¿Cómo podrían el diseñar y el habitar sostener este doble registro —apoyando los marcos institucionales de la igualdad y, al mismo tiempo, cultivando la inagotabilidad mediante la cual la igualdad se ejerce más allá de ellos? ¿Qué formas de práctica podrían navegar la tensión entre corrección y apertura, regulación y apropiación, consenso y conflicto? ¿Y cómo podría esa coordinación dar lugar a esfuerzos arquitectónicos por la igualdad más robustos, multiescalares y abiertos; esfuerzos que no se limiten a responder a la exclusión, sino que amplíen el propio espacio en el que la igualdad puede ejercitarse?

Abstract

This article interrogates the twentieth-century split in architectural discourse between autonomy and socio-political determination. Modernist autonomy sought purity in formal self-reference yet depended on critical judgment of the discipline to define its essence. Constructionist and postmodern approaches instead treated architecture as socially produced, but often redirected this claim into compositional maneuvers, leaving systemic inequalities insufficiently addressed. Contemporary criticism and activism confront such unresolved inequalities directly through strategies of identification and correction. While indispensable, these approaches remain anthropocentric, casting equality mainly as the outcome of repair.

Against this horizon, the article proposes that architecture can be understood as already operating in equality when reframed through a post-anthropocentric sense of autonomy. Drawing on object-oriented and posthumanist thought, the architectural project is theorized as an autonomous entity composed of heterogeneous manifestations—drawings, models, calculations, material assemblies, uses, perceptions—none of which can exhaust its reality. This “flat interior” inscribes equality ontologically rather than prescribing it epistemologically. Following Rancière’s claim that equality operates in its presupposition and Harman’s notion of zero-function, the project’s structure appears as irreducible to any of its articulations and components, always exceeding prescribed roles and remaining open to unforeseen appropriations.

On this basis, the article foregrounds the micropolitical dimension of architectural equality: the everyday, subtle, and often unrecognized ways in which space is inhabited, negotiated, and reconfigured. In contrast to macropolitical frameworks of institutional regulation and consensus, micropolitics of equality operates through difference and contestation, following the project’s ontological autonomy as a flat interior. Architecture—by virtue of its ubiquity and material persistence—is uniquely positioned to sustain such open micro-enactments when it is designed to resist foreclosure. The concluding reflections ask how macropolitical stability and micropolitical openness might be articulated in architectural terms, sustaining their tension without collapsing one into the other in the pursuit of equality.

Keywords: *Symbolism, iconology, organic, gridded, order.*

Twentieth-century architectural discourse has been largely structured around a fundamental disjunction. Either architecture withdraws into the protection of an autonomy defined by the discipline and safeguarded from the contingencies of social and political determination, or it dissolves into those contingencies, conceived as the exclusive product of historical, cultural, and ideological forces. In the first case, the discipline secures its integrity by refusing the contamination of human participation; in the second, architecture acquires meaning only insofar as it registers and responds to external pressures such as socio-cultural imaginaries, symbolic systems, or constructed structures.

This division is not unique to architecture but resonates with broader philosophical bifurcations: whether the real is posited as existing independently of human access, awaiting the mediations of representation, or whether the real is nothing other than the ongoing construction of perception, language, and discourse. The former, familiar in the legacy of Kant's 'thing-in-itself' and in subsequent realist and formalist tendencies, displaces the problem of human involvement from the constitution of reality to the terrain of representation.¹ The latter, emphasized in poststructuralist and postmodern theories, grounds the real in the fabric of social and political dynamics.² Architecture has echoed these positions with remarkable fidelity. The modernist pursuit of autonomy often drew legitimacy from the presumption of a reality—typically reduced to the question of form—outside human determination, with Eisenman standing as the paradigmatic figure.³ Conversely, critical currents have asserted that reality is continually forged in socio-political contexts and, as Tafuri argued, in their related conditions of production.⁴ Yet neither modernist nor postmodern approaches substantially addressed systemic inequalities or exclusions. Postmodern architecture, even as it claimed to mobilize symbolic systems, psychoanalytic categories, or the notion of the event, rarely translated these into a direct confrontation with inequality. Its strategies were paradoxically redirected into formal concerns—whether in the geometrical dislocations of deconstructivism, the play of images, or the historical recompositions that animated much of its production.

It is only in the face of today's climatic urgencies, systemic inequalities, and the resurgence of right-wing populisms that architecture has more forcefully mobilized the postmodern tactics of dissent, reframing design and theory as instruments to reverse exclusionary legacies and to emancipate voices and bodies long neglected or denied. Critical and activist frameworks have accordingly gained prominence, particularly within academia, while positions advocating autonomy—e.g., object-oriented architectural approaches focusing on the autonomy of the architectural object—are increasingly dismissed as detached from the crises at hand.⁵ That such strategies of repair and

correction are indispensable is beyond question. Yet it remains legitimate to ask whether they exhaust the horizon of architectural action and thinking in relation to inequality and exclusion. Must equality and inclusion be conceived only as the outcome of correction—initiatives that begin from the premise of inequality in order to transform it into a condition of equality? Jacques Rancière has argued that equality is never the result of emancipation but its point of departure.⁶ If so, architecture may be called upon not merely to correct, resist, or compensate, but to operate as though equality were already given and simply use it.

The following reflections explore this alternative possibility, locating a given condition of equality, unexpectedly, in the autonomous status of architecture. Yet how could such a claim be sustained without collapsing once again into a formalism blind to social life? The argument proposed here is that the opposition between autonomy and socio-political determination conceals a third possibility. Autonomy need not entail self-enclosure, nor does social equality need to be grounded in moral or rational imperatives. Rather, if the architectural project is conceived as an autonomous entity constituted by a multiplicity of manifestations—distributed across times, places, and media, including human and non-human means like drawings, models, calculations, structures, emotions, uses, or perceptions—and if these manifestations are understood as ontologically equal within the project, then autonomy itself can be reconfigured as the very condition through which socio-political concerns enter without exhausting or corrupting the project. Inclusion, in this sense, would not be imposed as an obligation derived from the recognition of inequality, but would emerge from the recognition that every encounter with architecture is but one among many, part of the project and incapable of claiming the whole. Equality would then reside in this irreducibility: in flattening the value assigned to architectural encounters in relation to the project as a whole, no individual, no group, no interpretation, and no appropriation can be elevated above the others. In this way, equality and inclusion emerge not as epistemological prescriptions but as the ontological condition of the project itself—an autonomy within which the socio-political is inscribed as part of its constitution yet never exhausted by it. This points toward architectural propositions that do not orbit exclusively around the correction of identified social problems but remain open, inexhaustible, and capable of accommodating encounters beyond those already anticipated.

Such an ambition also requires specifying in what sense architecture can be political when its operation is not primarily discursive, denunciatory, or programmatically reparative. A distinction is helpful here. At a macropolitical level, architecture is entangled with the institutional regulation of life: norms, codes, policy frameworks, and public discourses that identify exclusions and seek to correct them through consensual mechanisms. Yet there is also a micropolitical level, more difficult to

identify and often neglected, where politics unfolds in the minor, everyday, and frequently silent ways in which spaces are lived, negotiated, and reconfigured. It is in this micropolitical register that the ontological condition proposed here becomes most concrete. The equality inscribed in the project's flat interior is not a claim to be represented. It is a condition to be enacted through the multiplicity of encounters that architecture can host without authorizing one as sovereign. In this respect, architecture occupies a privileged position. Precisely because it is ubiquitous and—when conceived as inexhaustible—able to resist foreclosure, architecture is well suited to sustain micropolitical enactments of equality that do not depend on recognition and whose effectiveness is often structural rather than visible.

The Limits of Discipline-specific Autonomy and Constructionism.

The opposition between autonomy and socio-political determination, rehearsed throughout the twentieth century, shaped the terms of architectural discourse with remarkable persistence. On one side, autonomy was secured by excluding the contingencies of human life: architecture was to be defined by its internal laws of form, typology, or disciplinary self-reference. Kaufmann's Enlightenment autonomy of clear geometrical shapes, Eisenman's essentialization of form in architecture, or the aesthetic formalisms of Fiedler or Greenberg in art history and criticism, exemplify this ambition.⁷ Autonomy was affirmed by bracketing out the subject, ensuring that architecture's meaning would reside solely in its own formal constitution. Yet this orientation was paradoxical. Even while claiming to sever the project from social life, it relied on human judgment to certify its autonomy. Eisenman knows, or more aptly, establishes that the essence and autonomy of architecture lie in centroidal or linear forms.⁸ Greenberg knows, or more aptly, determines that painting's autonomy resides in flatness.⁹ In such cases, what is claimed as autonomous is grounded in the decision of an author. The architectural or artistic object, presented as self-sufficient, was still measured against categories external to itself. The self-sufficiency attributed to the object was continually measured against dictates derived from the subject. Epistemological formulations were elevated to ontological assertions and set down as immutable truths.

On the other side, twentieth-century constructionist paradigms have insisted that architecture is always already a cultural, social, and political product. Wigley's deconstructive reading of Derrida, Tschumi's notion of disjunction, or Agrest's critique from without all aligned architecture with the linguistic and political turns of the humanities.¹⁰ In this register, architecture was indeed constituted through symbolic systems, discourses, and events rather than autonomous forms. What they foregrounded—bodies, signs, or events—was too often displaced into compositional maneuvers: geometrical

dislocations, imagistic play, or historical recombinations. The rhetoric of social construction was reabsorbed into compositional questions.

Contemporary constructionist practices, most visibly in activist and repair strategies, have sought to overcome earlier limitations by confronting exclusion directly. Drawing from feminist, queer, postcolonial, and ecological discourses, they have made substantial progress in rehabilitating marginalized subjects and diversifying the voices that architecture engages. Equality and inclusion have been enacted here as responses to identified exclusions.¹¹ Yet the very methods that make these practices effective—mostly epistemological based on reason and moral—also define their limits. Yet, inevitably, any epistemological orientation remains anthropocentric in character. Even when oriented toward expansive horizons—as constructionist practices attempt today through the integration of unfavored social groups or of the non-human—these entities are enfranchised exclusively through human reasoning, discursive frameworks, and renewed moral principles. Such a human-centered regime excludes whatever cannot be brought under the rational subject's capacity to conceive, including configurations that might prove beneficial precisely because they exceed it. When architecture operates solely within the epistemological horizon of the subject, anthropocentrism becomes its default condition. Once coupled with critical-analytic methods, anthropocentric pluralism is its predictable outcome. Yet, this pluralism can only react to what it critiques and is therefore bound by it. It can certainly combat the inequalities it identifies, but only from within the horizon those inequalities establish. This makes it structurally limited, leaving little space for alternative

1. Immanuel Kant, *Critique of Pure Reason*, trans. J. M. D. Meiklejohn (1781; London: Henry G. Bohn, 1855).
2. See, for example, Michel Foucault, *Archaeology of Knowledge*, trans. A. M. Sheridan Smith (1969; London and New York: Routledge, 2002).
3. Peter Eisenman, *The Formal Basis of Modern Architecture* (1963; Zürich: Lars Müller Publishers, 2006).
4. Manfredo Tafuri, *Architecture and Utopia: Design and Capitalist Development*, trans. Barbara Luigia La Penta (1973; Cambridge: MIT Press, 1976).
5. For an overview of object-oriented ontology within architecture, see Todd Gannon et al., "The Object Turn. A Conversation," *Log* 33 (Winter 2015): 73–94; Graham Harman, *Architecture and Objects* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2022). For a critique to architectural approaches derived from object-oriented ontology, see Hélène Frichot, *Creative Ecologies: Theorizing the Practice of Architecture* (Bloomsbury Academic, 2018), chap. 3.
6. Jacques Rancière, "The Method of Equality: Politics and Poetics," in *Recognition or Disagreement: A Critical Encounter on the Politics of Freedom, Equality, and Identity*, ed. Katia Genel and Jean-Philippe Deranty (New York: Columbia University Press, 2016), 133–55.
7. Emil Kaufmann, *De Ledoux a Le Corbusier: origen y desarrollo de la arquitectura autónoma*, trans. Reinald Bernet (1933; Barcelona: Gustavo Gili, 1982); Peter Eisenman, "Autonomy and the Will to the Critical," *Assemblage*, no. 41 (2000): 90–91, JSTOR; Conrad Fiedler, *On Judging Works of Visual Art*, trans. Henry Schaefer-Simmern and Fulmer Mood (1876; 2nd ed., Berkeley: University of California Press, 1957); Clement Greenberg, "Modernist Painting," in *Art in Theory 1900–2000: An Anthology of Changing Ideas*, ed. Charles Harrison and Paul Wood (1961; Hoboken: Wiley-Blackwell, 2003), 773–79.
8. Eisenman, *The Formal Basis of Modern Architecture*, 95.
9. Greenberg, "Modernist Painting."
10. Philip Johnson and Mark Wigley, eds., "Deconstructivist Architecture," *The Museum of Modern Art*, 1988; Bernard Tschumi, *Architecture and Disjunction* (Cambridge: MIT Press, 1996).
11. See Jane Rendell et al., *Gender Space Architecture: An Interdisciplinary Introduction* (London and New York: Routledge, 2000); Paul Preciado, *Pornotopia: An Essay on Playboy's Architecture and Biopolitics* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2014); Frichot, *Creative Ecologies*; David Gissen, *The Architecture of Disability: Buildings, Cities, and Landscapes beyond Access* (Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 2023).

grounds on which equality—and with it, inclusion—might be conceived and sustained. In this respect, architecture continues to be understood primarily as a reparative tool, a means to generate inclusion by addressing exclusions once made visible. This is by no means a minor achievement. Yet what remains to be asked is whether architecture might also be conceived as an entity already operating in equality, precisely to extend those conditions obliterated by approaches of repair. In such a case, a way inclusion could arrive is not as a corrective but as a constitutive condition.

Ontological Autonomy and the Flat Interior of the Architectural Project.

If, as argued, the twentieth-century sense of architectural autonomy remains bound to anthropocentric coordinates, then a different understanding of autonomy must be articulated—one not defined in opposition to the human subject, yet not exhausted by it either. What is proposed here is a framework that conceives the architectural project as an autonomous entity that holds together a multiplicity of manifestations, both human and non-human, while remaining irreducible to any single one of them. This constitutes a post-anthropocentric autonomy—not because it excludes humans but because it cannot be reduced to them.

This shift can be clarified through certain frameworks of posthumanist and object-oriented philosophies. Some posthumanist thinkers insist that human experience and discourse are part of a reality that is not subject-dependent. Levi Bryant, for instance, conceives autonomous objects as composed of what he calls local manifestations. Yet, as he explains, “local manifestations are not to be confused with manifestations to or for a subject, but are rather events that take place in the world regardless of whether or not any subjects or sentient beings exist to witness them. [...] Experience is a subset of local manifestation, but the set comprised of local manifestations is infinitely larger than the set consisting of experience.”¹² Applied to architecture, this suggests that projects are constituted by both human and non-human elements, each acting as fragmentary expressions and constitutive parts of the larger whole. Drawings, models, structural calculations, material assemblies, built spaces, maintenance routines, affects, and everyday uses by users are all local manifestations of the project. Each is equally relevant to its formation, yet none can claim to exhaust it.

Such an account resonates with other critical attempts to move beyond the dichotomy of language—as a human construction defining everything else—and reality—as what stands independently of human involvement—. As Susan Hekman writes: “Privileging reality over construction, the modernist settlement, is not preferable to privileging construction over reality, the social constructionist alternative. What we need is a conception that does not

presuppose a gap between language and reality that must be bridged, that does not define the two as opposites.”¹³ Rein Raud makes a similar point: “language itself is also a part of the reality it seeks to reflect.”¹⁴ That human activities cannot be separated from the reality they inhabit, and indeed also constitute, is further clarified by Lars Spuybroek when he argues that “the phenomenal has to be seen as continuous with the ontological.”¹⁵ The phenomenality of design and inhabitation, the affective resonances of space, and the perceptual and emotional engagements of users, architects, or critics are not foreign additions to an otherwise autonomous form. They are architectural encounters, and—as Benjamin remind us—architecture stays in the background of experience.¹⁶ They unfold most often in everyday, tacit, and even unconscious modes of designing and inhabiting. As such, they constitute equally fragmentary manifestations of the project’s ontology.

Recognizing this destabilizes the anthropocentric reflex of reducing architecture either to its formal essentialization or to its socio-political discourse. It reframes the project as ontologically distributed: a set of heterogeneous yet equal manifestations, a non-hierarchical, flat interior.¹⁷ In this sense, equality is not imposed from outside through moral or political dictates, nor exhausted by them. It is inscribed in the very constitution of the project as an autonomous entity. What matters is not which manifestation comes closest to truth or essence. Indeed, the very notion of truth and essence are here seen as epistemological filters, and the establishment of such filters often grounds conditions of inequality and exclusion since they depend on who is entitled to define them. In a flat interior, by contrast, all manifestations stand equally, none elevated above another. Adopting this ontological view precludes the proliferation of subject-dependent claims over what is right or wrong in relation to the world’s phenomena and thereby resists the hierarchies that sustain social inequality.

It is in the flattening of the project’s interior—its refusal to privilege one manifestation over another—that an ontopolitical dimension emerges. David Chandler uses the term ‘ontopolitics’ to describe how ontological premises that dissolve hierarchical distinctions between humans and non-humans can orient a politics no longer organized

12. Levi R. Bryant, *The Democracy of Objects* (Ann Arbor: Open Humanities Press, 2011), 69.

13. Susan J. Hekman, “Constructing the Ballast: An Ontology for Feminism,” in *Material Feminisms*, ed. Stacy Alaimo and Susan J. Hekman (Bloomington: Indiana University Press, 2008), 91–92.

14. Rein Raud, *Being in Flux: A Post-Anthropocentric Ontology of the Self* (Cambridge: Polity Press, 2021), 47.

15. Lars Spuybroek, “Charis and Radiance: The Ontological Dimensions of Beauty,” in *Giving and Taking: Antidotes to a Culture of Greed*, ed. J. Brouwer S. Van Tuinen (Rotterdam: V2_Publishing, 2014), 135.

16. For Benjamin, architecture “is received in a state of distraction.” Walter Benjamin, *The Work of Art in the Age of Its Technological Reproducibility, and Other Writings on Media* (Cambridge: Harvard University Press, 2008), 40.

17. Some OOO authors use “flat ontology” to denote the equal status of entities. Ian Bogost, *Alien Phenomenology, or What It’s Like to Be a Thing* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2012), 11–19; Graham Harman, *Object-Oriented Ontology: A New Theory of Everything* (London: Penguin UK, 2017), 54–58. Here, the notion of a “flat interior” extends this equality to the inside of each object, where all manifestations are equally relevant

around human centrality.¹⁸ In the present argument, ontopolitics designates the condition whereby equality is already operative at the level of the architectural project’s metaphysical constitution—one of a flat interior. Every manifestation, whether technical or experiential, discursive or material, human or non-human, is included as a fundamental part of the project without hierarchy. It is equal by virtue of the ontological parity of its parts. In this sense, architecture already stages conditions of equality upon which social life can operate. The same ontopolitical logic of equality among all non-human manifestations extends to the relations of its human participants, since—as Bryant reminds us—“experience is a subset of local manifestation.” Therefore, this post-anthropocentric sense of autonomy both allows and needs the socio-political ambition for equality to operate without exhausting the project’s reality. Precisely because the project is inexhaustible by any of its parts, it can include all encounters within its interior while ensuring that none can claim totality.

Equality as Operation in the Inexhaustible.

If the project’s ontological structure is one of distributed, non-hierarchical manifestations, then the task of architectural design is not to generate equality as a predefined goal but to operate from within it. Equality, in this sense, is not something to be achieved but something to be enacted—performed not as a result but as a condition already in place. When equality is understood as operative rather than aspirational, the tasks of design shift. It is no longer about correcting exclusions after they are identified. It is about sustaining a mode of practice that refuses to constitute exclusion in the first place.

For Jacques Rancière, this principle is central to both politics and aesthetics. Politics does not occur when those without visibility are granted recognition by critical means. Rather, it occurs when they act as if their equality were already presupposed. As he writes: “What the presupposition of equality means is the rupture of the inegalitarian belief or inegalitarian knowledge. The name of this decision is emancipation.”¹⁹ In this interpretation, emancipation is not the arrival at equality. It is the interruption of hierarchies through the assumption that equality is already the case. Thus, art cannot be reduced to denunciation or the exposure of injustice, for such gestures often remain caught within the very hierarchies they seek to dismantle. In *Aesthetics and Its Discontents*, Rancière critiques what he terms “critical art”—works that rely on unveiling hidden mechanisms of domination or shocking audiences into awareness.²⁰ Such strategies tend to reproduce the asymmetry or hierarchy between the enlightened critic and the passive spectator. By contrast, an emancipatory art—or, by extension, an emancipatory architecture in Rancièrian key—operates by staging equality as already given. Read this way, equality is less a destination than a procedure. It is enacted in the moment one refuses the distribution of capacities that assigns some to speak,

tend to reproduce the asymmetry or hierarchy between the enlightened critic and the passive spectator. By contrast, an emancipatory art—or, by extension, an emancipatory architecture in Rancièrian key—operates by staging equality as already given. Read this way, equality is less a destination than a procedure. It is enacted in the moment one refuses the distribution of capacities that assigns some to speak, decide, or interpret and others to merely receive. Equality does not begin from exclusion or its repair, but from the absence of any pre-established framework that would predetermine roles. Subjects are equalized in their disparate capacities to act without the overarching structures of validation that dictate who can act, and on what terms. In the absence of such prefigured hierarchies, not only can formerly excluded subjects participate freely but the possibilities of the artistic or architectural work itself are expanded through this unconditioned performance. As Rancière writes: “The method of equality supposes that you can start from any point and that there are multiple paths that can be constructed to get to another point and still another one that is not predictable.”²¹

For architecture, the implication is not that critique becomes illegitimate, but that critique cannot be the sole model of political efficacy in the pursuit of bodily and social equality. The project can stage equality without first establishing an educational hierarchy between those who “know” the mechanisms of domination and those who must be led toward recognition. The political wager shifts from producing the correct reading to sustaining a field in which readings and uses remain fundamentally revisable. This insight suggests that inclusion cannot be understood only as the repair of prior exclusion. It must be embedded in the project’s constitution, enacted through the refusal to privilege one manifestation or encounter over another even if of repair. Architecture’s political force does not only lie in its capacity to denounce and reverse inequalities from the outside. It also lies in its ability to put in practice its own interior so that no voice, no use, and no interpretation claims final authority. Design, in this sense, does not prescribe equality. Design enacts equality by shaping the offered architecture and its performance according to the project’s autonomous, flat interior. To do so is to offer an architecture that remains irreducible and inexhaustible in relation to any particular appropriation. It is an architecture that stays open to continuous discovery.²² Such enactment should not be forced or turn into an spectacular or special event. It unfolds in the everyday: in small appropriations, detours, pauses, crossings, reuses—often unnoticed, yet structurally decisive. Precisely because architecture is

18. See David Chandler, *Ontopolitics in the Anthropocene: An Introduction to Mapping, Sensing and Hacking* (Abingdon and New York: Routledge, 2018).

19. Rancière, “The Method of Equality,” 139.

20. Jacques Rancière, *Aesthetics and Its Discontents*, trans. Steven Corcoran (2004; Cambridge: Polity, 2009).

21. Rancière, “The Method of Equality,” 139.

22. A similar approach, skeptical of critical methods and advocating for an open architecture, also appears in Mark Foster Gage, *Designing Social Equality: Architecture, Aesthetics, and the Perception of Democracy* (Abingdon, UK: Routledge, 2019).

ubiquitous and—when conceived as inexhaustible—resists foreclosure, it is apt to sustain forms of equality that do not wait for recognition, and that are often more effective in their consequences than they are visible as claims.

Pointing to specific projects could clarify how such an ontological condition of equality has been implemented, but it also risks narrowing the argument into particular formal and programmatic outcomes or recognizable design methods. It would, in effect, turn an ontological formulation into a typological and methodological repertoire. Since the point is precisely how each architect might translate this framework within their own project-specific constraints, it is more productive to identify architectural concepts that resonate with the idea of architecture as already operating in equality. One such concept—at least in part—is Graham Harman’s notion of ‘zero-function’. Harman argues that objects, which includes works of architecture, can never be fully reduced to the functions assigned to them. Every work exceeds the roles it is designed to perform, retaining a surplus that resists instrumentalization. For him, objects are never exhausted by their relations, keeping a reserve from any attempt to totalize them.²³ In Harman’s architectural terms, zero-function names this excess: a “decomposition of purpose” so that function is “rendered less specific, and thereby withheld slightly from any relation in particular.”²⁴ Far from diminishing architecture’s usefulness, zero-function foregrounds its inexhaustibility. A design so distributed maintains a reserve of possibilities that escape any functional assignment, allowing unforeseen encounters to emerge. Spaces sustain a surplus that exceeds their immediate functions and opens them to continuous reinterpretation. This surplus is precisely where equality takes place: in uses that were not authorized in advance by program, norm, or expected subject. This inexhaustibility does not undermine architecture’s social service. Rather, it secures its openness to multiple uses and meanings, which in social terms precludes the exclusion of those who might act and perceive differently. Equality is thus enacted in this context of inexhaustibility. No single program or group can monopolize the project’s definition, yet each is indispensable to its constitution.

Taken together, Rancière’s method of equality and Harman’s zero-function suggest a politics of design not based on responsiveness or redemption, but on structural indifference to roles. In this context, an architecture of equality does not distribute recognition by naming excluded groups. It suspends the very mechanisms of exclusion. It refuses to assign definitive meanings to space or users, resisting the reduction of the project to discursive, moral, or symbolic functions. Such an architecture has nothing to denounce because it stages no hierarchy from which to fall. Its propositions do not announce themselves as just or inclusive. They do not proclaim solidarity or stage resistance. Instead, they promote disparate authorships and heterogeneous engagements by default. Architecture is structured around a principle of inexhaustibility: no use

is final, no reading conclusive, no subject definitive. By refusing closure and definition, the project enacts equality—not as a promise but as a condition already operative in its material, functional, formal, and temporal structure. This perspective also resonates with architectural ideas that resist collapsing meaning into preordained functions. For example, Federico Soriano’s notion of ‘deprogramming’ provides one such formulation. Deprogramming does not abolish the program but displaces it into a field of possibilities. As he describes it, the task is “to inject into the object’s origin the open condition” so that functions “will be at the expense of each use or user.”²⁵ It is a cartography of the unplanned. There, standardized uses coexist with unforeseeable appropriations, each flattened within the project’s manifold. Deprogramming thus suspends the sovereignty of the specific program, positioning it as one manifestation among others within the project’s inexhaustible structure.

In this light, architecture ceases to operate as a medium of critique and instead becomes the scene of unplanned practice. It is not a practice that begins from inequality in order to repair it, but one that assumes equality as its point of departure, generating the conditions in which it can be enacted. This shift redefines the role of the architect: no longer a technician of correction or a strategist of social redemption, but a facilitator of encounters that cannot be captured by prefigured categories. The ethic of design here is not to prescribe outcomes but to safeguard the project’s inexhaustibility, keeping it open to unforeseen appropriations. Released from discursive closure, the project becomes a resonant device of its own flat interior.

Considering the Micropolitics of Architectural Equality.

To ask whether architecture can enact equality without reducing itself to repair or critique is to ask how far the political can be extended as a mode of architectural practice. Such a question requires distinguishing the different registers in which politics operates, and clarifying the ways architecture participates in each of them.

On the one hand, what can be called ‘the macropolitical’—the level of institutions, laws, policies, and discourses—operates largely through consensus, producing regulated frameworks for collective life. This is the visible face of politics, the arena where strategies of correction and repair emerge. It is here that critique, denunciation, and activist frameworks intervene to expose exclusionary mechanisms, and where institutional arrangements—academic, legal, and governmental—are called upon to translate such critiques into codes, rights, and policies. The role of macropolitics is decisive: without legal protections, rights remain fragile;

23. Graham Harman, *Immaterialism: Objects and Social Theory* (Hoboken, NJ: John Wiley & Sons, 2016).
24. Harman, *Architecture and Objects*, 158.
25. Federico Soriano, *Encoger* (Madrid: Fisuras, 2020), 73, [author’s translation].

without institutional frameworks, equality risks becoming contingent and precarious. Accessibility standards, rights to housing, or environmental protocols are indispensable achievements at the macropolitical level. This battlefield will always remain active, because inequality is endlessly adaptive and its symptoms constantly resurface. It is also the register in which architectural discourse and action has become most legible to itself, since it offers specific objectives of intervention: programs to be adjusted, norms to be rewritten, histories to be corrected, and subjects to be represented.

On the other hand, what can be called ‘the micropolitical’ unfolds in the everyday. It appears in dispersed appropriations and in the affective registers through which spaces are felt and navigated. It takes shape in the ways spaces are entered, used, avoided, adapted, or reinterpreted. It is formed through habits of movement and attention that settle silently over time, and through permissions that are tacitly granted or withdrawn. It is also enacted in the subtle manner in which a setting invites appropriation or enforces compliance. These gestures are often imperceptible and yet structurally effective. Much of this register remains beneath the threshold of explicit recognition. It is not typically described as political because it rarely takes the form of a declared position, a program, or a demand. And yet it is politically consequential precisely because it is enacted continuously, through minor differences that accumulate. Micropolitics is not primarily concerned with recognition or regulation but with the silent ways in which space is designed, inhabited, appropriated, and transformed. For this reason, when it is exercised inappropriately, a micropolitics of inequality is so difficult to identify.

This is precisely where critique makes its analytical contribution: it renders such micro-inequalities legible. The problem arises when the framework of action is limited to correction alone and is displaced exclusively onto the macropolitical plane. Hence the need, argued here, to also reclaim a practice of architectural equality at the micropolitical level. Consequently, the gestures of a micropolitics of equality are rarely spectacular and often leave no visible trace, yet they reconfigure the operations of space in ways institutions cannot codify. For that reason, micropolitics is less easily represented and has therefore been persistently diminished in architectural discourse, despite being one of the main sites in which equality is practically enacted. This register corresponds to what Rancière describes as an interruption of the sensible order, and to what Chantal Mouffe identifies—particularly in her account of public space—as the agonistic condition of democracy: the terrain where conflict, not consensus, makes equality possible.²⁶

Architectural discourse tends to privilege the macropolitical because it aligns with the dominant epistemological formats of critique, diagnosis, and prescription. It is comparatively easier to name an exclusion than to describe the micro-

dynamics through which equality is enacted in practice. The political is therefore frequently framed as what architecture can say, symbolize, or correct. Yet to eclipse the micropolitical as a field in which architecture can operate toward equality is to miss a vast front for conceiving and practicing equality otherwise. The limitations of strategies of repair have already been stated above. Against today’s tendency to treat correction as the sole effective horizon of action, it becomes necessary to reclaim micropolitics as a parallel field of architectural action and thought—one that is neither secondary nor merely consequential. As formulated here, the micropolitical does not arrive as an “application” of a politics external to architecture. It emerges from the project’s ontological constitution: from its flat interior, where heterogeneous manifestations—material, technical, experiential, discursive, human and non-human—are included without hierarchical rank. The project’s autonomy, when understood as irreducibility and inexhaustibility rather than self-enclosure, establishes a field in which no single use, interpretation, or appropriation can claim total authority. Equality becomes operative here not as a rational or moral instruction but as a structural feature of the project: the refusal of foreclosure, the maintenance of openness, the suspension of imposed functions.

Micropolitics, in this sense, operates not through consensus but through subtle difference and contestation. This is so because every manifestation of the project—including those enacted through human means—is singular in relation to the project that contains it. Within the irreducible and inexhaustible context of the autonomous project, micropolitics takes the form of ontopolitics: the staging of equality as already given, inscribed in the flatness of the project where no manifestation is privileged, no role predetermined, and no encounter definitive. The micropolitical powers of architecture become political not by correcting what has been excluded, but by ensuring that nothing is foreclosed—by keeping the project open to unforeseen appropriations that are part of the own project. Micropolitics does not operate through codification but through enactment. It is here that architecture engages the unplanned, the minor, the peripheral, structuring conditions in which equality is enacted infrastructurally rather than declared discursively. The ethic of this model lies in maintaining inexhaustibility as perpetually active, such that no encounter can prescribe the terms of others in relation to the same project.

To insist on micropolitics is therefore not to dismiss the macropolitical. The point here is to counterbalance the dominance of the macropolitical as the privileged horizon of architectural political thought. If equality is to be maximized, it cannot be confined to what is representable in norms and discourses alone. Architecture is uniquely positioned to sustain micropolitical enactments of equality

26. See, Jacques Rancière, *The Politics of Aesthetics* (London: Continuum, 2004); Chantal Mouffe, *Agonistics: Thinking the World Politically* (London and New York: Verso, 2013), chap. 5.

because it persists materially across time, because it is encountered repeatedly in the mundane rhythms of life, and because it can be set up in an inexhaustible manner that allows unforeseen appropriations to take place without requiring prior authorization. The political force of architecture may thus lie less in what it declares than in what it allows to occur—less in the rhetorical framing of inclusion than in the silent but consequential redistribution of possibilities enacted by a project that remains open

Conclusion.

Equality in architecture cannot be reduced to a problem of representation or intention, nor even correction. Equality becomes architecturally consequential when it is understood as an operation: a condition enacted in the project's very mode of existence, in its refusal to be exhausted by any one use, narrative, or authorized interpretation. This is the sense in which the autonomous project—conceived not as self-enclosed form but as an inexhaustible entity with a flat interior—can be political without becoming primarily denunciatory. Its politics does not depend on declaring inclusion, but on sustaining the conditions in which inclusion can occur without permission: in the dispersed, often unconscious, and structurally effective practices of everyday encounter.

Reframing equality as operation also displaces the locus of architectural responsibility. The question is no longer only what architecture represents or what it corrects, but how it holds open a field of possible participation. Here, the architect is neither the neutral technician of form nor the moral legislator of social life, but a practitioner of thresholds: one who organizes conditions of encounter without foreclosing them. Such a task is neither purely compositional nor purely ethical. It is ontological, insofar as it concerns what the project is and can be. It is political, insofar as this “can be” distributes capacities, permissions, and possibilities across bodies, situations, and times. When equality is not treated as a goal to be delivered but as a condition to be maintained, architecture's political efficacy shifts from the production of correct solutions to the sustenance of openness, from the authority of program to the endurance of inexhaustibility.

At the same time, this shift should not be mistaken for an argument against macropolitical action. The tension between macro and micro is structural. They operate with distinct logics: macropolitics aims at consensus and regulation, while micropolitics thrives on conflict and unpredictability. One works by naming and codifying exclusions; the other by refusing their authority. Yet both are necessary. Without macropolitical frameworks, equality lacks durability; without micropolitical enactments, it risks ossifying into bureaucratic consensus. The strength of architectural strategies of repair lies precisely in their capacity to translate critique into durable protections and shared frameworks. Yet the very limits of corrective tactics

make clear the need for another political register—one often diminished in architectural discourse—where equality does not appear as an achievement to be certified, but as a practice to be enacted. The question, then, is not whether architecture should be political, but what forms of political efficacy it can sustain beyond the paradigms that currently dominate how equality is framed. More to the point, the challenge is not to choose between the macro- and the micropolitical aspects of architecture, but to understand how they might be coordinated despite their antagonism. Such coordination cannot be a synthesis. It should be an articulation. Macropolitical frameworks must find ways to support, rather than suppress, micropolitical enactments, while micropolitical practices must be able to filter into the macro, transforming institutions from within. Architecture, by virtue of its ubiquity, is in a privileged position to attempt such a coordination. It operates simultaneously in the scale of laws, codes, and rights, and in the scale of everyday inhabitation, affect, and appropriation. Its capacity to hold both registers in tension is where its political force resides.

This article has foregrounded the micropolitical—approached through the ontological autonomy of the architectural project—as a necessary, often neglected dimension of equality. It is a first step toward the broader task of articulating micro- and macropolitical registers so that equality can become both more durable and more open in architectural design and inhabitation. How, then, might design and inhabitation sustain this dual register—supporting the institutional frameworks of equality while cultivating the inexhaustibility through which equality is enacted beyond them? What forms of practice could navigate the tension between correction and openness, regulation and appropriation, consensus and conflict? And how might such coordination give rise to more robust, multi-scalar, and more open architectural efforts toward equality—efforts that do not simply respond to exclusion, but enlarge the very space in which equality can take place?

Bibliografía

Benjamin, Walter. *The Work of Art in the Age of Its Technological Reproducibility, and Other Writings on Media*. Cambridge: Harvard University Press, 2008.

----- *La obra de arte en la época de su reproducción mecánica*. Traducción de Wolfgang Erger. Madrid: Casimiro Libros, 2018.

Bogost, Ian. *Alien Phenomenology, or What It's Like to Be a Thing*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2012.

Bryant, Levi R. *The Democracy of Objects*. Ann Arbor: Open Humanities Press, 2011.

Chandler, David. *Ontopolitics in the Anthropocene: An Introduction to Mapping, Sensing and Hacking*. Abingdon and New York: Routledge, 2018.

Eisenman, Peter. “Autonomy and the Will to the Critical.” *Assemblage*, no. 41 (2000): 90–91.

----- *The Formal Basis of Modern Architecture*. 1963; Zürich: Lars Müller Publishers, 2006.

Fiedler, Conrad. *On Judging Works of Visual Art*. Translated by Henry Schaefer-Simmern and Fulmer Mood. 2nd ed. Berkeley: University of California Press, 1957.

Foucault, Michel. *L'archéologie du savoir*. Paris: Gallimard, 1969.

----- *Archaeology of Knowledge*. Translated by A. M. Sheridan Smith. London and New York: Routledge, 2002.

Frichot, Hélène. *Creative Ecologies: Theorizing the Practice of Architecture*. London: Bloomsbury Academic, 2018.

Gage, Mark Foster. *Designing Social Equality: Architecture, Aesthetics, and the Perception of Democracy*. Abingdon: Routledge, 2019.

Gannon, Todd, Graham Harman, David Ruy, and Tom Wiscombe. “The Object Turn. A Conversation.” *Log 33* (Winter 2015): 73–94.

Gissen, David. *The Architecture of Disability: Buildings, Cities, and Landscapes beyond Access*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2023.

Greenberg, Clement. “Modernist Painting.” In *Art in Theory 1900–2000: An Anthology of Changing Ideas*, edited by Charles Harrison and Paul Wood, 773–79. Hoboken: Wiley-Blackwell, 2003.

Harman, Graham. *Architecture and Objects*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2022.

----- *Arquitectura y objetos*. Traducción de Gonzalo Vaíllo. Madrid: Enclave de Libros, 2023.

----- *Immaterialism: Objects and Social Theory*. Hoboken: John Wiley & Sons, 2016.

----- *Immaterialismo*. Traducción de Héctor Hevia. Santiago de Chile: Editorial Roneo, 2024.

----- *Object-Oriented Ontology: A New Theory of Everything*. London: Penguin UK, 2017.

Hekman, Susan J. “Constructing the Ballast: An Ontology for Feminism.” In *Material Feminisms*, edited by Stacy Alaimo and Susan J. Hekman, 85–119. Bloomington: Indiana University Press, 2008.

Johnson, Philip, and Mark Wigley, eds. *Deconstructivist Architecture*. New York: The Museum of Modern Art, 1988.

Kant, Immanuel. *Critique of Pure Reason*. Translated by J. M. D. Meiklejohn. London: Henry G. Bohn, 1855.

----- *Crítica de la razón pura*. Traducción de Manuel García Morente. Madrid: Tecnos, 2002.

Kaufmann, Emil. *De Ledoux a Le Corbusier: origen y desarrollo de la arquitectura autónoma*. Traducción de Reinald Bernet. Barcelona: Gustavo Gili, 1982.

Mouffe, Chantal. *Agonistics: Thinking the World Politically*. London and New York: Verso, 2013.

----- *Agonística: Pensar el mundo políticamente*. Traducción de Soledad Laclau. Fondo de Cultura Económica, 2014.

Preciado, Paul. *Pornotopia: An Essay on Playboy's Architecture and Biopolitics*. Princeton: Princeton University Press, 2014.

Rancière, Jacques. *Aesthetics and Its Discontents*. Translated by Steven Corcoran. Cambridge: Polity, 2009.

----- *El malestar en la estética*. Madrid: Clave Intelectual, 2012.

----- *The Politics of Aesthetics*. London: Continuum, 2004.

----- *El reparto de lo sensible: Estética y política*. Traducción de Mónica Padró. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2014.

----- “The Method of Equality: Politics and Poetics.” In *Recognition or Disagreement: A Critical Encounter on the Politics of Freedom, Equality, and Identity*, edited by Katia Genel and Jean-Philippe Deranty, 133–55. New York, NY: Columbia University Press, 2016.

Raud, Rein. *Being in Flux: A Post-Anthropocentric Ontology of the Self*. Cambridge: Polity Press, 2021.

Rendell, Jane, Barbara Penner, and Iain Borden. *Gender Space Architecture: An Interdisciplinary Introduction*. London and New York: Routledge, 2000.

Soriano, Federico. *Encoger*©. Madrid: Fisuras, 2020.

Spuybroek, Lars. “Charis and Radiance: The Ontological Dimensions of Beauty.” In *Giving and Taking: Antidotes to a Culture of Greed*, edited by J. Brouwer and S. van Tuinen, 119–49. Rotterdam: V2_Publishing, 2014.

Tafuri, Manfredo. *Architecture and Utopia: Design and Capitalist Development*. Translated by Barbara Luigia La Penta. Cambridge, MA: MIT Press, 1976.

Tschumi, Bernard. *Architecture and Disjunction*. Cambridge, MA: MIT Press, 1996.

La urdimbre de la morada.
La pérdida del habitar como
violencia ontológica.

The warp of dwelling. The
loss of dwelling as ontological
violence.

Julián Ramírez Rentero

Resumen

La vivienda, tradicionalmente, se ha considerado en la disciplina arquitectónica como un objeto técnico, un producto económico o una mera estructura funcional de alojamiento. Sin embargo, una revisión crítica de la historia del pensamiento —desde la fenomenología existencial hasta la teoría social contemporánea— revela que la morada constituye mucho más que un artefacto construido: es condición originaria del habitar y fundamento ontológico de la existencia humana. En este marco, la pregunta que guía el artículo es cómo pensar la pérdida de la morada cuando no se reduce a carencia material, sino a quiebra del vínculo entre el ser y su mundo.

Se sostiene que la pérdida de la morada no puede entenderse únicamente como un problema material, urbanístico o jurídico, sino como una violencia que interrumpe la posibilidad misma de ser-en-el-mundo. La desposesión habitacional, cuando se produce a través de cuatro escenarios paradigmáticos—exilio, guerra, desahucio y catástrofes naturales—, implica la mutilación de la urdimbre existencial sobre la cual se organiza la subjetividad individual y colectiva.

Frente a ello, se plantea una ética y una política del proyecto que reubiquen el habitar en el centro de la praxis arquitectónica: vivienda como bien común, justicia espacial y cuidado como criterio de diseño. Examinamos prácticas de cooperativismo, rehabilitación participativa y reconstrucción con memoria, así como estrategias de resiliencia territorial, para defender que el habitar es una praxis de recomposición del mundo y que la arquitectura, cuando asume esta responsabilidad, deviene instrumento de dignidad y reparación.

En definitiva, se establece un marco conceptual: la pérdida de la morada como violencia ontológica y política, productora de fractura existencial y discontinuidad narrativa, cuya exploración se desarrolla mediante un recorrido teórico-crítico y analítico sobre el habitar, el desarraigo y la posibilidad de rehacer la urdimbre de la existencia, esto es, la urdimbre de la morada.

Palabras clave: *habitar, morada, desposesión, arraigo, desahucio, exilio, guerra.*

Julián Ramírez Rentero
Arquitecto
julian@moproo.org